

mayor secreto, enviáronse á todos los puntos del reino pliegos sellados, que las autoridades, bajo penas severas, debían abrir y cumplir en un mismo día y en la misma hora. Llegado el momento supremo de la apertura de los misteriosos pliegos, en ellos se encontró decretada la expulsión de los jesuitas. Más de seis mil infelices, ancianos y enfermos, sábios y hombres de austera virtud, reducidos de un golpe á estrecha prision, fueron arrancados de sus celdas; y sin permitir llevar á cada uno más que su breviario, un bolsillo y las ropas de uso diario, almacenados en las bodegas de buques dispuestos de antemano, y conducidos así á Civitavecchia; sin ningún prévio aviso al pontífice, los arrojaron con esta iniquidad en las playas de los Estados pontificios. Igual suerte tuvieron en las colonias de África, Asia y América, y todos sus bienes fueron confiscados. Indignado de tan infame procedimiento, Clemente XIII se negó á recibirlos; Génova y Liorna hicieron lo propio; y los infelices desterrados, después de andar seis meses errantes, fueron lanzados á las costas de Córcega, donde les aguardaban todos los tormentos del hambre y del más absoluto desamparo, hasta que el papa accedió á darles acogida con tal que España les asignase una pensión de dos mil reales anuales por persona. Por toda explicacion de tan graves atentados publicó el gobierno de Madrid una pragmática real, en que se decía que por motivos *que el rey tenía reservados en su angustio corazón*, había tenido que proceder así para desvanecer una horrible conspiracion, que amenazaba la seguridad del Estado. Terminada la triste hazaña, Carlos III exclamaba ante su córtex: «*He conquistado un reino*».

Los Borbones, que reinaban en Italia y en las dos Sicilias, imitaron con creces el ejemplo de la majestad fidelísima y de la majestad católica, y se conjuraron todos para arrancar al papa una bula de supresion contra la órden odiada.

Al enérgico Clemente XIII sucedió Clemente XIV, pontífice benigno y débil, sin entereza para hacer frente á tan violentas tempestades, naturaleza asustadiza, dominada en todo por el miedo. Por temor á las intrigas de los reyes y de los políticos enciclopedistas, dejaba pisotear los fueros de la sede romana; prometía bajo su firma la supresion de los jesuitas; daba esperanzas de trasladar la silla pontificia á Aviñon; sufría los insultos de Tanucci; aceptaba el despojo de los Estados de Aviñon y Bene-

vento, y prohibía la publicacion de la bula *In coena Domini*, y se afligia y lloraba, y amenazaba con la abdicacion. Por miedo á los jesuitas, que se figuraba ver en torno suyo conspirando venganzas, no admitía al lado suyo ni consejeros ni amigos, y no se sustentaba sino de sencillos alimentos preparados por un fraile.

Con tan pusilánime pontífice, Aranda y Floridablanca, y la secta que tras de ellos intrigaba, consiguieron al fin su propósito. Apareció el breve aboliendo la órden de los jesuitas. Los monarcas se abalanzaron sobre los bienes de la difunta compañía, tesoros que el rey sacristan José II aguardaba con impacienté codicia para cubrir sus trampas, y Carlos III llamaba su Perú. Previendo que no podía ser duradero el decreto de abolicion, el pontífice lo promulgó en forma de breve y no de bula; pero áun así, aparecieron en él incluidas cláusulas tan absurdas, que el universo católico se vió en la precision de desobedecer unánime¹. Tomadas las precauciones más crueles, promulgadas las órdenes más terribles para llevar á cabo la incautacion, la órden calumniada, que se suponía tan poderosa y vengativa, obedeció á la primera intimacion: resignada y tranquila se sometió al fallo de la intolerancia de los tiempos. Ensañados en la persecucion los gobiernos, escudriñaron los

¹ Tan grandes como los arrebatos de alegría que manifestaron los enemigos de la Iglesia al tener noticia del breve de abolicion, fueron las tristezas de los fieles. Contra él protestó en el acto la Iglesia de Francia, por boca de su más ilustre prelado, y el mismo clamor se levantó en todos los extremos del mundo católico. San Alfonso de Liguorio, que había aplaudido con entusiasmo la enérgica resistencia de Clemente XIII, exclamó al recibir la dolorosa noticia del breve que acababa de publicar su sucesor: «*Povero papa! Che potere far?*». Y después de quedar un rato como ensimismado, añadió: «*Voluntad del papa, voluntad de Dios*». Y desde aquel instante se encerró en respetuoso y sistemático silencio sobre estos asuntos. Consultado poco después sobre el particular el cardenal Consalvi, por Pio IV, contestó en estos enérgicos términos: «*En vano los enemigos de los jesuitas nos predicán milagros á fin de canonicar el breve con su autor; la cuestion está en si la extincion es ó no válida. En cuanto á mí, declaro, sin temor de equivocarme, que el breve que la destruye es nulo, inválido é inícuo, y que, por consiguiente, la compañía de Jesús no ha sido destruida.... Este breve ha causado tan grande y general escándalo en la Iglesia, que pocos se han alegrado de él, como no sean los impíos herejes y malos católicos. Bastan estas razones para probar que ese breve es nulo y de ningún valor, y por consiguiente, que la pretendida supresion es injusta y no ha producido ningún efecto. Subsistiendo, pues, todavía la compañía de Jesús, la sede apostólica no tiene más que hacer que querer y hablar para que se manifieste de nuevo en el mundo. Por otro lado, tampoco quedaron satisfechas las mismas córtex promovedoras del escándalo. El rey de España lo miró con indiferencia; la córtex de Nápoles prohibió, bajo pena de muerte, que se publicase. Príncipes inheles, como el rey de Prusia, conservaban los jesuitas en sus Estados y se oponían á la promulgacion del breve; y la emperatriz de Rusia conseguía, con reiteradas instancias, de la santa sede, que la compañía continuara en sus Estados bajo su antigua regla.*»

archivos de la compañía, saquearon los colegios y buscaron sin fruto la prueba de los atroces crímenes jesuíticos, y atormentaron en cruel cautiverio al general de la compañía, santo varón demasiado pacato, porque ni aparecían los decantados tesoros, ni indicio, ni prueba alguna de criminalidad.

«El efecto inmediato de la destrucción de la compañía de Jesús se hizo sentir al instante por todo el orbe católico. Los jesuitas habían sido perseguidos y dispersados, principalmente porque defendían en todo su rigor la doctrina de la supremacía de la santa sede; y el pontífice, consintiendo la destrucción de la orden, vino como á renunciar á esta doctrina y á sus consecuencias. La oposición filosófica y religiosa había alcanzado por consiguiente completo triunfo. La destrucción repentina de esta sociedad, que había tenido por obra y ocupación principal la educación de la juventud, debía forzosamente conmover al mundo católico hasta en sus más hondos cimientos, y hasta comprometerle en el mismo terreno en donde se forman y educan las nuevas generaciones. Tomados por asalto los baluartes exteriores, iban á empezar ahora con mayor brío los ataques del partido triunfante contra la fortaleza interior. El movimiento revolucionario creció de día en día: la defección de los ánimos se propagó rápidamente. ¿Qué esperanza podía quedar ya en esta época cuando se sintió la explosión del fermento revolucionario hasta en el mismo imperio de Austria, cuya existencia y poderío estaban más íntimamente ligados que los de cualquiera otra nación á los intereses de la restauración católica? Tales progresos ¿no eran acaso el síntoma precursor de un desquiciamiento general?»¹. Hacemos nuestro este juicio de Ranke.

Poco después murió demente el desgraciado Clemente XIV, rodeado de fantasmas y visiones por su imaginación enferma, y encomendándose á la misericordia divina, en medio de las más angustiosas tribulaciones. «Perdon, perdon, me violentaron,» exclamaba en la hora de la muerte.

En triste estado se veía la Iglesia á la muerte de Clemente XIV. Las potencias preponderantes, Rusia, Prusia, Inglaterra, eran herejes; en Polonia se perseguía cruelmente el Catolicismo y se ins-

¹ RANKE, *Historia del papado*, etc., lib. VIII, pág. XVII.

tituían obispos cismáticos; en Alemania se reanimaban los protestantes y los febronianos; y los ingleses tenían puestos fuera de la ley á los católicos, los martirizaban en Irlanda, y suscitaban obstáculos de todo género á las misiones en las colonias. En los países católicos, dominados todos ellos por intransigente incredulidad, era todavía más difícil y precaria la situación del pontificado. Los franceses se habían incautado de Aviñón y del condado venesino; los napolitanos invadían á Pantecorvo y Benevento; con el uso despótico que se hacía de las regalías, la voz de la sede apostólica apenas podía resonar en la Cristiandad, y su autoridad inerme no parecía ya sino poder decrepito destinado á próxima ruina, no viéndolo aún sino merced á algunas fórmulas de cancelería. Francia, España, Portugal, Venecia y las cortes italianas destrozaban con implacable furor la jurisdicción eclesiástica. Los reyes se arrogaban por donde quiera atribuciones de pontífices. El gran duque Leopoldo promulgaba encíclicas y pastorales, suprimía y reformaba ceremonias sagradas, convocaba y disolvía concilios, cambiaba palabras del Ave-María, ordenaba á los sacerdotes que celebraran misa en italiano. En Portugal se declaraba delito de alta traición publicar ó tener bulas ó breves pontificios. Los regalistas de la corte de Madrid se mostraban todavía más rabiosos que los de la Iglesia galicana. El elemento más sano y el sosten más firme de la Iglesia desde la protesta de Lutero; la sociedad que desde la crisis protestante ha sostenido con más tesón y acierto la verdad católica, y no ha tenido nunca rival por el número de sus hombres virtuosos, fuertes y sábios; la compañía de Jesús, quedaba suprimida por breve pontificio, después de la más miserable y afortunada de las intrigas, llevada de mancomen por todos los reyes que se decían católicos, cristianísimos y fidelísimos; y por inexplicable contradicción de los tiempos, sólo hallaba algún apoyo la desgraciada compañía en los monarcas de Londres, San Petersburgo y Berlin, es decir, en un papa griego, un papa anglicano y un filósofo ateo. En presencia del giro que iban tomando los acontecimientos, razonable para la mayor prudencia humana hubiera sido afirmar entonces que el pontificado, habiendo concluido su tiempo, iba muy pronto á desaparecer.

La situación fué, sin embargo, agravándose. La secta filosófica redobló sus furores en cuanto vió humillados á los jesuitas, sus

adversarios más temidos; y la Iglesia, que conservaba aún todo el aparato de su antiguo esplendor, sintió que á sus piés se habian formado insondables abismos, y que sus cimientos amenazaban ruina. Por donde quiera las masas le negaban obediencia y la cubrían de imprecaciones y anatemas. Las más altas reputaciones de Europa por el talento y por el saber la vilipendiaban y escarnecian á porfía. Los hombres de Estado la perseguían unánimes; la condenaban los magistrados; se conjuraban los príncipes contra ella; y del seno de la Iglesia desamparada, y que parecía haber perdido su vigor, no surgía ni un Agustín, ni un Gregorio VII, ni un San Bernardo, ni un Santo Domingo, ni San Ignacio de Loyola, ninguno, en fin, de aquellos enérgicos defensores suyos, que en otras épocas habian sabido conjurar la tormenta.

Desapareció por fin de la escena la primera generacion de la secta incrédula, y recogió su herencia otra generacion, de pasiones todavía más exaltadas y ardientes, que no se contentaba ya con sarcasmos y desprecios literarios, ni con teorías sentimentales, sino que reclamaba la destruccion radical é instantánea de diez y ocho siglos de aciaga tradicion cristiana. Tras de la generacion de los autores de la enciclopedia, apareció la generacion de los anabaptistas de la enciclopedia, y estalló en el acto la formidable revolucion. Sobre la veneranda Iglesia se desataron las iras y venganzas más tremendas que conmovieron jamás las ciegas pasiones de las masas. Hicieron explosion á un tiempo las iras inveteradas del galicanismo de los legistas, los furios del jansenismo vergonzante, y los odios implacables de los filósofos, que consideraban al Cristianismo como una supersticion, y al Catholicismo como una peste. En Francia fué donde primero se hizo sentir la terrible explosion; y allí, sobre los altares católicos, despojados de sus pompas y seculares tesoros, se cometieron todas las profanaciones. Los templos, despues del saqueo, ó fueron arrasados, ó se convirtieron en lugares de orgía y prostitucion. Con las campanas se fundieron cañones; con los cálices, crucifijos, custodias y copones sagrados, se hicieron monedas ó joyas de meretrices. Histriones, verdugos y asesinos, cubiertos de ornamentos sacerdotales, se entregaron á infernal desenfreno, y bailaron la carmañola en las plazas públicas y ante la misma Convencion. Los bustos de Voltaire, de Rousseau y de Marat, sustituyeron á las estigias de los

santos y de los mártires cristianos. En el agosto santuario de Nuestra Señora, una desnuda prostituta recibió las obscenas adoraciones de fanáticos y desalmados ateos. Bajo las góticas ojivas de las majestuosas catedrales levantadas al cielo por la fé de los siglos, el culto asqueroso de la diosa Razon sustituyó al culto católico. El ódio á lo pasado hizo profanar la santidad de las tumbas, y en el fondo de los sepulcros removidos se buscaron restos de creyentes y piadosos varones, de reyes y prelados católicos, para echar al viento sus cenizas, y ultrajar villanamente, hasta en el sagrado de las tumbas, á los hombres y á los siglos que fueron. El sacerdote que se atrevía á administrar los sacramentos, á bautizar al recién nacido, á bendecir un matrimonio y socorrer al moribundo, corría peligro de muerte. Por miedo á la persecucion, no pocos sacerdotes se separaron de Roma, y buscaron en el cisma un abrigo contra la tormenta; otros aclamaron una época de licencia y desenfreno que halagaba sus pasiones, y declarando que hasta el dia no habian sido sino impostores, se distinguieron como los hombres más impudentes y osados de la chusma revolucionaria. Los que permanecieron fieles á su Iglesia sufrieron la más atroz persecucion: perseguidos como fieras bravas por los cláustros de sus conventos, asesinados, ahogados, colgados de la linterna, pasados á degüello, ametrallados por centenares en cuanto se descubría su carácter sacerdotal, no tuvieron más remedio que emigrar en masa de su santuario y de su patria para hallar asilo en tierra extraña y vivir de limosnas protestantes.

Alarmados los reyes por los estragos de la tormenta, que ellos los primeros habian fomentado cuando no parecia sino teoría, sarcasmo ó pasatiempo literario, se coaligaron para sofocar al monstruo cuando le vieron amenazador del poderío real. Pero el monstruo era ya más fuerte que los reyes. El espíritu revolucionario subyugaba al mundo. Francia, invadida, rechazó la invasion, y se hizo á su vez invasora. Por toda Europa el génio militar fué derrumbando tronos carcomidos, instituciones decrépitas de la vida civil y política. Desaparecieron pueblos é instituciones seculares; en su lugar aparecieron nuevas nacionalidades, regidas por instituciones nuevas. En medio de tan violentas convulsiones se realizaron y se están realizando radicales mudanzas. El suelo europeo se ha cubierto de ruinas, y entre los escombros de las construcciones se-

culares, mezclados con abundantes semillas de mayores desastres, no han hecho todavía sino empezar á germinar nuevos elementos de vida. El espíritu revolucionario, en su correría por el mundo, ha derruido alguna de las más antiguas nacionalidades; ha reducido á la nada la república más antigua de Europa: la república de Venecia; ha convertido en polvo lo que quedaba del fantástico sacro-romano imperio; ha puesto fin á las más antiguas dinastías, arrojando de los tronos á las casas reinantes más poderosas; ha hecho y deshecho imperios, consulados, dictaduras, pueblos y confederaciones.

Muy vária fué la suerte del pontificado y de la Iglesia durante los tremendos vaivenes. Más de una vez la bandera de la revolución ha tremolado sobre el castillo de Sant-Angelo y sobre el Quirinal. Suprimidos los reinos italianos para formar las repúblicas cisalpina, liguriana y partenópea; suprimidas luego las repúblicas italianas para formar el reino de Italia; destruido nuevamente el reino de Italia para volver otra vez á la antigua forma y division de sus Estados; vuelta de nuevo á formar la unidad italiana bajo el cetro de la casa de Piamonte, los pontífices sufrieron entre indecibles angustias todos los golpes de tan pavorosas y continuadas adversidades. Alternativamente se vieron dueños de Roma y expulsados de Roma; sostenidos en el Vaticano, y lanzados del Vaticano; solicitados por la espada para celebrar concordatos y redificar altares, llamados á tierra extraña para ungir nuevas dinastías y coronar emperadores, y arrastrados despues cautivos en suelo extranjero; abofeteados, perseguidos, martirizados por déspotas omnipotentes; reducidos á vivir en prision con tres francos diarios, y muriendo en prisiones de Estado encadenados á un carro de guerra.

Quando morian los pontífices en cautiverio y hasta se les negaba sepultura; y anunciaba el directorio que habia enterrado al último papa; y los ejércitos de la república una é indivisible, enseñoreados de Italia, saqueaban las iglesias y los conventos, y robaban los tesoros de Loreto y del Vaticano; y por las naciones europeas se despojaba á la Iglesia de sus bienes; y el episcopado se veía reducido á vivir de limosnas protestantes; y los templos más venerables se consagraban á obscenidades paganas, á los dogmas de la teofilantropía, ó eran puntos de reunion para banquetes y

orgías inmundas; y los sacerdotes estaban condenados á muerte, el rebaño de los fieles en dispersion, y las naciones cristianísimas, católicas y fidelísimas conjuradas contra Roma, entonces, digo, todas las probabilidades y los cálculos de prudencia humana daban como muy próxima é inevitable la última hora del pontificado.

Pero ultrajada la tiara, sumergida una y otra vez por el torbellino revolucionario, permaneció firme é inmovible sobre sus eternos cimientos, y en cuanto serenaba la tormenta volvía á surgir del fondo de los abismos la frente siempre más fiera y altiva, recobrando á cada embate mayores elementos de fuerza. Murió, para no volver á renacer, la república de Venecia con su gran patriciado, heredero de la sagacidad y sabiduría del senado romano; murió el antiguo imperio de Alemania, la antigua república de Holanda, la antigua liga Helvética. Murieron por el continente europeo las antiguas instituciones fundamentales de la constitucion de los pueblos: la aristocracia, los parlamentos, las instituciones municipales y provinciales; la desdichada casa de Borbon, como perseguida de no sé qué anatema, cayó de sus tronos de Francia é Italia, para no volverlos quizás á recobrar jamás, y vivir en adelante en dispersion y destierro, mendigando socorros y humillaciones de príncipes extraños. Se removieron en las naciones hasta los más profundos cimientos de la vida civil; la propiedad recibió nueva forma, nueva constitucion, nueva distribucion; la familia se edificó sobre nuevas bases; las clases sociales se subvirtieron en sus relaciones recíprocas.

Pero si parecia de muerte violenta todo lo antiguo, sin dejar apenas huella de su existencia pasada, y en todos los pueblos, pero sobre todo en los pueblos cristianos, se operaban tan grandes mudanzas, la institucion más antigua y más fundamental del edificio europeo, la que excitaba en torno suyo más violentos furrores é implacables imprecaciones de pueblos y reyes conjurados, no sólo era la única que no sucumbia, sino que recobraba nuevos bríos en cada sacudimiento revolucionario.

La córte de Roma, juguete y házmerec de las intrigas políticas y diplomáticas de los Pombal, Choiseul, Aranda, Federico II y José II, se convirtió, en cuanto estalló la revolucion, en el elemento más respetable y temido de la antigua Europa. La Iglesia, que an-

te las doctrinas literarias de la centúria anterior no habia encontrado una sola voz elocuente que saliera á su defensa, en cuanto empezó contra ella la persecucion á mano airada, se vió de pronto defendida por literatos insignes, profundos filósofos é historiadores, y por los hombres de Estado más eminentes. Recientes todavía las más tremendas convulsiones, el pontífice era llamado por el César revolucionario para consagrar la diadema imperial; y á su paso entre las comarcas recién aisladas por el diluvio de la revolucion contemplaba á las poblaciones prosternadas en masa en el camino implorando la bendicion apostólica. Pocos años despues de los dias del terror, el sacerdote supremo de nuestra Iglesia, encadenado en Savona, era ya, á pesar de su cautiverio, más fuerte y poderoso que su mismo carcelero, César el más fuerte y omnipotente que habia conocido Europa desde los tiempos de los grandes emperadores de Roma. Napoleon le habia arrebatado sus Estados pontificios, le habia lanzado del Vaticano, y teniéndole como preso vulgar en una de sus prisiones de Estado, intentaba en vano arrancarle las atribuciones de la soberanía espiritual. En medio de la persecucion contra la Iglesia, el guerrero omnipotente sentia á la Europa estreñerse á sus piés, y espantado de ver el vacío que la Cristiandad, ultrajada en su pontífice, iba formando en torno suyo, aquel hombre de hierro, que habia cubierto el mundo de ruinas, y tenia consternados á sus piés á la diplomacia y á los reyes, y arrastraba prisioneros y serviles á los representantes de las más antiguas dinastías, y habia obligado al Austria á buscar la salvacion arrojando á una princesa de su régia estirpe ante las ruedas de su carro de guerra; aquel César, que mantenía á Prusia sometida en degradante humillacion, y habia organizado á su gusto Suiza, Holanda, Italia, la Confederacion del Rhin, y reformaba á capricho el mapa político de Europa, tenia al fin que reconocerse impotente ante el pontífice, y exclamar ciego de ira: «¿Qué insolencia la de estos clérigos! En la division de la autoridad se reservan la accion sobre la inteligencia, es decir, sobre la parte más noble del hombre, y á mí pretenden reducirme á mandar sólo sobre el cuerpo. Ellos se quedan con el alma, y me dejan el cadáver. Alejandro pudo llamarse hijo de Júpiter, sin ser contradicho, y un monarca como yo encuentra un sacerdote más poderoso, porque reina sobre el espíritu, y yo solamente sobre la materia.»

Desde entonces la revolucion ha continuado su curso; pero tambien ha continuado su curso el renacimiento católico, presentándose cada vez con creciente majestad. Grandes han sido y continuarán siendo las alternativas de la lucha. Contra la Iglesia han empleado todos los poderes las armas más selectas de la perfidia y de la violencia: espoliaciones en gran escala con el nombre de desamortizacion eclesiástica; actos de taimado despotismo con el nombre de regalías; ningun respeto á la santidad de las promesas con ella otorgadas; buena fé ninguna en los pactos solemnemente estipulados con el nombre de concordatos; grandes impiedades encubiertas con los títulos de ciencia, filosofía ó liberalismo. Indudable, en fin, que el Catolicismo atraviesa hoy en las sociedades uno de sus más críticos períodos: en más de una nacion está perseguido; los gobiernos, en su inmensa mayoría, le desamparan, ó le son hostiles; hoy mismo el papa vive como cautivo en Roma y despojado de sus bienes temporales. Pero estaria completamente ciego y ofuscado quien al comparar la situacion actual de la Iglesia, con su estado á fines de la pasada centúria, no comprendiera que han mejorado extraordinariamente los tiempos. A pontífices débiles, irresolutos, poco espertos y activos en el gobierno de los asuntos eclesiásticos, como Clemente XIV, han sucedido pontífices como Pio VI, Pio VII, Pio VIII, Gregorio XVI y Pio IX. Mejor todavía que en los tiempos de Gregorio VII, atienden hoy los fieles á la voluntad de su soberano espiritual; y no ha habido, seguramente, en la larga série de los sucesores de San Pedro, pontífice más querido y venerado por sus hijos en Cristo que nuestro gran Pio IX. La tiara romana sufre aún los embates de las revoluciones y del despotismo; aún se ve frenéticamente impugnada en sus dogmas por el racionalismo y las sectas de filosofía anticristiana. ¡Cuántas veces no la hemos visto en nuestros dias ultrajada, expulsada del Vaticano, despojada de su poder temporal por ambiciosos vecinos y turbas demagógicas, mientras la dejaban desamparada sus antiguos defensores! Pero haciendo, ella sola, frente á todos los elementos conjurados, ha centuplicado en la lucha de un modo increíble su fuerza y autoridad moral. Hasta sus mismos enemigos, para atacarla, no se atreven hoy á hacerlo sino encubriéndose con las fórmulas de un respeto y una humildad tan hipócrita como rastrera. Qué diferencia entre la manera que Napo-

leon I tuvo de perpetrar sus atentados contra Pio VII, y las fórmulas diplomáticas y de cancillería de que se valen los actuales espoliadores de la santa sede. Contra el papado se exaltan las heresías científicas; contra el papado se engriñan las fúrias revolucionarias que hierven en nuestra edad; contra el papado se levantan frenéticos los movimientos de raza y nacionalidad que hoy se agitan en Europa; contra él se declara el partido triunfante de la unidad italiana revolucionaria; y el nuevo imperio de Alemania recurre á todas las artes de la diplomacia y de la fuerza brutal para tratar de arrancarlo de cuajo de la vida europea, y resucitar el antiguo César destruyendo al papa. Pero el pontificado, despojado de la corona temporal, desamparado por los poderes de la tierra, se mantiene inflexible, haciendo de día en día crecientes conquistas en el orden espiritual. Jamás pontífice alguno recibió, por parte de sus fieles, muestras mayores de cariño y veneración, ofrendas y donativos mayores de piedad que Pio IX encerrado en el Vaticano. Jamás fué más enérgico el *Non possumus* papal, ni el poder de la tiara se extendió con mayor majestad por todo el universo. Las declaraciones dogmáticas lanzadas por la santa sede contra el liberalismo triunfante; la unión de los fieles en torno del vicario de Cristo, hoy más estrecha y decidida que nunca; el restablecimiento de la jerarquía católica en Inglaterra y Holanda; la organización de más de cincuenta nuevas diócesis en América; la fundación de la inmensa Iglesia de los Estados Unidos; los triunfos de la fé en Asia y en Africa, en la Australia y en la Tasmania; las gigantescas obras de la congregación de la propaganda, son otras tantas pruebas de vitalidad y fecundidad prodigiosa que está dando el pontificado en el siglo décimo nono de su existencia.

Y si en otro orden de hechos sociales buscamos pruebas del actual renacimiento católico, las hallaremos tan abundantes como elocuentes y decisivas. El clero de Francia, antes casi cismático por lo que llamaba las libertades de la Iglesia galicana, ha quemado ya su antiguo ídolo, declarándose decidido campeón de la autoridad del pontífice. Las congregaciones religiosas se multiplican diariamente por todos los rincones del mundo. La compañía de Jesús, sacrificada á la revolución en el pavor de los primeros presagios de tempestad, como cargamento que en las horas de la borrasca se lanza al mar para aligerar la nave, reorganizada ahora de

nuevo, sin preocuparse de las leyes y decretos y preocupaciones sociales que contra ella existen, trabaja por todas las naciones, con el mismo ardimiento que su intrépido fundador, en la noble misión de sostener á la Iglesia, y predicar y enseñar la fé católica. Los donativos de los fieles á la santa sede, la pobre y humilde ofrenda para la propagación de la fé, las limosnas para el culto y obras pías, están produciendo por todo el orbe católico fabulosas sumas. Sólo en Francia, hasta mediados de siglo, se han levantado ó reconstruido diez mil iglesias; y por las demás naciones civilizadas ó bárbaras, mientras todos los demás cultos se sienten como sobrecogidos de estupor ó arrastrados á vertiginosa decadencia, el apostolado católico está acometiendo empresas, sólo comparables con las de sus siglos heroicos. La rebelión contra la autoridad pontificia, que al correr el siglo XVI produjo en el seno de la Iglesia la terrible conmoción del protestantismo, no produce ahora sino la pobre y raquílica secta neo-protestante de los católicos viejos. En cambio; en la protestante Inglaterra, en la luterana Alemania, en la cismática Rusia, en la Francia revolucionaria, en los Estados-Unidos, en el mundo entero, las masas se sienten ya fuertemente removidas por el primer oleaje de la gran corriente católica que cruza poderosa por los pueblos, y que tras de esta centuria de incredulidad é indiferencia religiosa promete hacer del siglo futuro un siglo eminentemente religioso y católico.

Aquí ponemos fin á este breve ensayo sobre las vicisitudes del pontificado romano.

Siglos y siglos hace, desde las edades más remotas, que, ó bien arrastrado por la lenta pero incontrastable corriente de los tiempos, ó arrebatado violentamente por el furor de las revoluciones, todo en Europa se transforma ó perece y pasa. Sólo una institución ha podido salvarse de este universal naufragio, hacer frente á los esfuerzos seculares que sin descanso alteran la constitución de las sociedades europeas, y presentarse al espirar cada centuria más firme sobre sus cimientos y con aureola de mayor majestad. Esta institución es el pontificado y la Iglesia que representa. Ninguna institución del orden civil ó del orden político hubiera sido capaz de resistir una sola de las terribles tormentas que han descargado sobre la tiara de los papas; y sin embargo, el pontificado es en el

dia la institucion más vieja, y á la vez la más llena de vida que conocen los pueblos europeos.

Mientras se deshicieron instituciones é imperios, y sucumbieron las civilizaciones que parecian más indestructibles, ella ha dominado todas las revoluciones de la sociedad humana, sobrevivido á todas las catástrofes, y á los veinte siglos de duracion se encuentra más firme y pujante que nunca para dominar tambien todas las tormentas que contra ella se desaten en los siglos venideros. Los imperios se abalararon sobre ella; pero los imperios cayeron, y la Iglesia los vió reducidos á polvo. La desgarraron las herejias y le diezmaron su rebaño; pero siempre, en cuanto estallaban aquellas rebeliones, mientras las nuevas sectas empezaban al instante á secarse y podrirse como ramas desgajadas del árbol, la Iglesia, por el contrario, recobrando nuevo vigor, compensó siempre sus pérdidas extendiéndose por nuevas riberas y aumentando en su seno la piedad, virtud y sabiduría de los suyos. Perecieron las obras de los hombres que prometian más larga duracion; perecieron las falsas religiones y las herejias, á pesar del génio del mal que las sostenia, y que en este mundo dispone siempre de elementos casi incontrastables para triunfar sobre el bien; pero la obra de Dios ha subsistido; la Iglesia ha triunfado de las idolatrías; ha visto el fin de las sectas rebeldes, y por formidables que parecieran los enemigos que se alzaban contra ella, antes de que corrieran tres siglos, ó los tenia aplastados, ó prosternados humildes á sus plantas. Esta Iglesia ha recorrido, en fin, el ciclo entero de las mudanzas que sufrieron las costumbres y las leyes, y no ha variado un ápice, para mostrar así que su vida es independiente de toda institucion humana. Resistió á todas las pruebas del Oriente y del Occidente, de las monarquias y de las democracias, de la paz y de la guerra, de la tiranía feudal y de la tiranía imperial, de las épocas de tinieblas y de los siglos de cultura, de la barbárie y de la civilizacion, de los pueblos libres y de los pueblos esclavos, de los centros de la industria y de los emporios del comercio, de las naciones antiguas y de los pueblos nuevos, de las metrópolis y de las colonias. Nació en una época la más dichosa quizás que ha conocido la humanidad. Durante doscientos ó trescientos años tuvo que luchar contra la autoridad de las leyes, y los cultos oficiales, y la fuerza de las armas; contra un imperio firmemente asentado, contra muchedumbres satisfechas y felices.

Y tiempo tan corto le bastó á esta sociedad, tan pobre y débil como aborrecida y despreciada, para derribar al dia siguiente de su nacimiento á su poderoso opresor, no obstante los esfuerzos terribles que hizo el coloso. A pesar de las calumnias, de los tumultos populares, de las persecuciones, de leyes de exterminio brutales, los señores del mundo, para conservar su poder, se vieron obligados á entrar en pactos con ella, y humillarse ante sus símbolos sagrados, venerar sus dogmas augustos, prestarle el apoyo del poder imperial y deprimir á sus enemigos. Triunfó, por último, y su triunfo fué el más solemne y extraordinario que presenciaron los hombres. Pero cuando parecia afianzada esta victoria, toda la obra de tres siglos se desplomó: el imperio romano, que ella acababa de conquistar al precio de tanta sangre y constancia, fué reducido á la nada. El imperio se deshizo, y la Iglesia se vió asaltada en Oriente y en el Septentrion por millares de salvajes sin religion, sin conciencia, y hasta sin entrañas. De nuevo tuvo que empezar su obra. Las irrupciones de los bárbaros duraron varios siglos; como la ola sigue á la ola, así una horda seguia á otra horda, y todas venian á chocar contra los cimientos de la Iglesia. Pero ella supo convertir á estos terribles invasores en sus hijos más fieles y sumisos. Los nuevos convertidos crearon un poderío militar, que tuvo instituciones aún más hábilmente combinadas que las de los antiguos romanos. Este poder, protector primero de la Iglesia, se trasformó mas tarde en su rival: de aquí otra nueva lucha, que procuró á la Iglesia otro nuevo triunfo. Vinieron despues nuevas herejias y cesarismos y demagogias; pero todas sufrieron igual derrota y humillacion.

Puesta en contacto con todas las instituciones humanas, la Iglesia ejerció sobre ellas influencia misteriosa, y las dominó con fuerza irresistible y sobrenatural, hasta el punto de trasformarlas en su esencia misma, en la parte más íntima de su organismo, sustituyéndoles su alma antigua por otra nueva, sin que fuera posible notar cuándo y de qué manera se efectuaba la portentosa sustitucion, pues en la forma exterior de la constitucion social apenas se apreciaba ninguna mudanza. La Iglesia parecia acomodarse á todas las formas políticas y sociales; pero lo que resultaba en realidad es que la Iglesia obligaba á todas las instituciones so-

1 NEWMAN, *Discourses adressed to Mixed Congregations*, discours XII.

ciales y políticas á acomodarse al principio cristiano, sin que por eso perdiera cada una de estas instituciones su forma y carácter propio. La sociedad romana, puesta en contacto con la Iglesia, sin dejar de ser la misma sociedad romana, se vió, sin embargo, convertida en lo que no había sido jamás: en sociedad cristiana. Los pueblos orientales y occidentales, las razas sajonas y latinas, sin perder ninguno de sus caracteres de raza y nacionalidad, se convirtieron en lo que no habían sido jamás: en pueblos cristianos. Así, instituciones contradictorias, pueblos enemigos, razas irreconciliables, vinieron á formar parte del edificio católico, y entraron en su poderosa unidad. Las monarquías, sin perder ninguno de los caracteres de su institución, fueron monarquías cristianas; y las aristocracias, sin dejar de ser aristocracias, fueron aristocracias cristianas; y las democracias, democracias cristianas. La Iglesia las subyugaba y dominaba á todas de tal manera, que dejando en pié su forma, las trasformaba en su esencia y les imprimía en lo más íntimo de su ser un sello indeleble, que permanecía ya para siempre en el seno de la sociedad como una esencia indestructible, superior á las vicisitudes humanas, é independiente de las mudanzas sociales. Así se cumplió la obra extraordinaria anunciada por San Pablo, y que el mundo romano no podía comprender: *Instaurare omnia in Christo*.

En la rápida enumeración que hemos hecho de los triunfos políticos y de las victorias intelectuales de la Iglesia, apenas hemos referido algunas de sus luchas contra los obstáculos que le opusieron sin cesar las pasiones humanas y las combinaciones é intereses de los hombres; y nada absolutamente hemos indicado acerca de los insignes adelantos que en todos los ramos le debe la sociedad. Pero creemos, sin embargo, que por incompleta que sea esta reseña de sus triunfos pasados, sobran en ella pruebas suficientes, y los testimonios más elocuentes y decisivos que pueda pedir nuestra razón, para convencerse de que esa nave, insubmersible á pesar de tanta borrasca espantosa, no puede ser construcción humana, y que ni su existencia ni su rumbo están sujetos á la voluntad del hombre; pues de otro modo el hombre, perpétuamente conjurado contra ella, hubiera tenido el poder de destruirla, y más de una vez la misma impericia ó los desaciertos de sus propios pilotos bastaran para echarla á pique.

Esa institución misteriosa encierra en su seno todos los arcanos de la historia; sin ella permanece indescifrable el enigma del decreto providencial en la marcha de la humanidad. Sólo con ella se puede interpretar el plan divino en la historia, y se hacen comprensibles para nuestro entendimiento los anales de la familia humana, y esa extraordinaria sucesión de civilizaciones é imperios, que, á pesar de haberse desenvuelto en las regiones más distintas y en las edades más diversas, parecen, sin embargo, en su engrandecimiento y decadencia, como los eslabones de una misma cadena. La Iglesia es la piedra fundamental de la historia, y el pontificado romano la institución fundamental de la Iglesia. Sin él no hay Cristianismo. Centro de nuestra civilización, cimiento de todas las grandes construcciones que desde la era de Cristo se han venido edificando en las nacionalidades cristianas, el pontificado educó y formó desde el seno de la barbárie á la joven monarquía europea, extirpó de todos los elementos de nuestra sociedad los poderes de fuerza brutal que amenazaban organizar despóticamente los reinos cristianos, formó insensiblemente esa gran constitución europea, que no vive sólo sobre una simple hoja de papel, ó en las teorías de las escuelas, ó en las proclamas de los partidos, sino en las entrañas mismas de los pueblos. El pontificado, en fin, es el autor de esa unidad superior y profunda que reina en la organización como en la vida moral y en los destinos de los pueblos modernos. Para representar á la colectividad de nuestras sociedades decimos la CRISTIANDAD, y la obra maestra que esta palabra representa es la gloria del pontificado. En el trascurso de las edades se mantuvo siempre fiel á esta misión suprema. Hoy es el lastre que salva á la nave europea de completo naufragio, y en él tiene necesariamente que apoyarse cuanto se quiera edificar en Europa para larga vida y duración. Como en los tiempos de Atila, el pontífice estremece hoy en Roma á las hordas invasoras, y es el freno de la barbárie invasora de la demagogía y el anatema de los usurpadores coronados. Como en los tiempos de Pipino y Carlomagno, le llaman hoy todavía los reyes y emperadores para ungir sus diademas; y á la vuelta de otros veinte siglos, cuando de los presentes imperios sólo queden quizás ruinas y recuerdos, como los que hoy tenemos de la antigua dominación romana, el sacerdote máximo que ciña la tiara seguirá empuñando, como ahora, el

timon de la nave misteriosa, y en medio de tiempos bonancibles, ó entre los bramidos de la tormenta, los poderes de la tierra verán todavía al sucesor de Pedro por cima de los tronos y de las soberanías temporales, y se prosternarán á sus plantas, implorando del vicario de Cristo la union de las tradiciones seculares y los símbolos de la eternidad.

Los poderes de la tierra verán todavía al sucesor de Pedro por cima de los tronos y de las soberanías temporales, y se prosternarán á sus plantas, implorando del vicario de Cristo la union de las tradiciones seculares y los símbolos de la eternidad. Los poderes de la tierra verán todavía al sucesor de Pedro por cima de los tronos y de las soberanías temporales, y se prosternarán á sus plantas, implorando del vicario de Cristo la union de las tradiciones seculares y los símbolos de la eternidad. Los poderes de la tierra verán todavía al sucesor de Pedro por cima de los tronos y de las soberanías temporales, y se prosternarán á sus plantas, implorando del vicario de Cristo la union de las tradiciones seculares y los símbolos de la eternidad.



Los poderes de la tierra verán todavía al sucesor de Pedro por cima de los tronos y de las soberanías temporales, y se prosternarán á sus plantas, implorando del vicario de Cristo la union de las tradiciones seculares y los símbolos de la eternidad. Los poderes de la tierra verán todavía al sucesor de Pedro por cima de los tronos y de las soberanías temporales, y se prosternarán á sus plantas, implorando del vicario de Cristo la union de las tradiciones seculares y los símbolos de la eternidad.

LA IGLESIA Y EL ESTADO



S indudable que se está realizando en el mundo entero una lenta pero enérgica reaccion católica; mas se haría las más infundadas ilusiones quien creyera que por ello ha de estimarse ya como totalmente dominada esta tormenta, una de las más graves, si no la más grave de cuantas ha padecido la Iglesia. Son todavía serios y gravísimos, y prometen durar aún largo tiempo, los peligros que amenazan á la Iglesia. Todavía le combaten el sarcasmo volteriano y la ciencia, que continúa declarándose racionalista é incrédula. Todavía se explota el socorrido tema de los conflictos entre la religion y la ciencia. Aún la filosofía, la crítica histórica, las ciencias naturales continúan amotinadas contra el dogma. Dura aún, y se presenta en compacta falanje, la coalicion que reunió todos los talentos, todos los conocimientos, todas las fuerzas del entendimiento humano, todos los poderes de la tierra, para luchar contra Roma. Y la inmensa mole cristiana, que á sus piés ha visto dispersarse los escombros de las grandezas pasadas, y desquiciarse las instituciones que parecían más sólidas y duraderas, inmóvil entre las ruinas de diez y nueve siglos, por todo el mundo continúa viendo tambien amotinados contra ella monarcas usurpadores, gobiernos revolucionarios, masas turbulentas, escritores y filósofos incrédulos, elementos dueños en el dia todos ellos de la fuerza material, y que contra la Iglesia, despojada de sus bienes y abrumada de regalías, contra el papazgo, despojado de sus dominios temporales, se desatinan porque cause estado la fuerza.

La envejecida lucha entre el pontificado y el imperio continúa ardentemente empeñada por todas las naciones que la revolucion conmueve. Más palpitante que en otra época alguna, más ardiente aún quizás que en los dias de Constantino y en los tiempos que presenciaron la pugna de las investiduras, y que en el siglo de la furiosa protesta contra la autoridad pontificia, se remueve hoy en-